

## EL MITO DE LA «GUERRA LENTA». REVISITANDO UN AXIOMA HISTORIOGRÁFICO

*THE MYTH OF THE «SLOW WAR».  
REVIEWING A HISTORIOGRAPHICAL AXIOM*

Miguel Alonso Ibarra\*

Universidad Nacional de Educación a Distancia (España)

Luis A. Ruiz Casero

Grupo de Investigación de la Guerra Civil y el Franquismo (GIGEFRA) (España)

**RESUMEN:** Este artículo cuestiona uno de los principales axiomas de la guerra civil española, que Franco deliberadamente condujo una guerra lenta con dos objetivos: implementar un minucioso proceso represivo para eliminar más efectivamente a la anti-España, y consolidarse en el poder. Varios de los principales historiadores de la guerra civil han defendido esta idea, siendo reproducida en sucesivos trabajos. Nuestro objetivo es cuestionar esa interpretación mediante el estudio de la documentación militar del ejército sublevado, lo que permitirá incorporar un enfoque bélico que no se ha tenido en cuenta hasta ahora, al menos extensiva y sistemáticamente. Con ello, buscamos poner en relación lo militar con lo político, lo social y lo simbólico, considerando todas estas dimensiones como igualmente relevantes para entender cómo se construyó el franquismo.

**PALABRAS CLAVE:** Franco, guerra lenta, caudillaje, represión, incapacidad militar.

**ABSTRACT:** *This article questions one of the main axioms of the Spanish Civil War, that Franco deliberately waged a slow war with two aims: implementing a meticulous repression to better cleanse the anti-Spain; and consolidating his power. Several key historians of the Spanish Civil War stand by this idea, which has been reproduced in numerous works. Our aim is to question this interpretation through the analysis of military documentation from the Rebel Army. This will allow us to develop a warlike approach that hasn't been hitherto considered, at least not extensively nor systematically. Thereby, we seek to connect the military with the political, the social and the symbolic, viewing all these dimensions as equally relevant to understand how Francoism was built.*

**KEYWORDS:** *Franco, slow war, leadership, repression, military inability.*

\* **Correspondencia a / Corresponding author:** Miguel Alonso Ibarra. Departamento de Historia Contemporánea. Facultad de Geografía e Historia. Edificio de Humanidades. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Paseo Senda del Rey, 7 (28040 Madrid) – miguelalonso@geo.uned.es – <https://orcid.org/0000-0001-7361-7923>

**Cómo citar / How to cite:** Alonso Ibarra, Miguel; Ruiz Casero, Luis A. (2024). «El mito de la “guerra lenta”. Revisitando un axioma historiográfico», *Historia Contemporánea*, 74, 49-82. (<https://doi.org/10.1387/hc.24629>).

Recibido: 16 marzo, 2023; aceptado: 1 agosto, 2023.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2024 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

El [Cuerpo de Ejército] de Urgel, que no puede tener resistencia delante, avanza con gran lentitud y ahora veo que mira hacia atrás esperando elementos, cuando debe mirar hacia adelante y procurar coronar cuanto antes sus objetivos. [...] Me interesa terminar cuanto antes la batalla.

*El Generalísimo al General Jefe del Ejército del Norte,*  
4 de febrero de 1939<sup>1</sup>

## Introducción

Tras cerca de cuarenta años de historiografía sobre la guerra civil en la España democrática, se ha convertido en un lugar común la tesis de que Franco condujo las operaciones militares con una lentitud deliberada, hasta adquirir prácticamente la categoría de axioma. Esto ha sido justificado principalmente por dos vías, marcadas en lo sustancial por la actitud más o menos crítica con la dictadura de los autores que han tratado la cuestión. En primer lugar, y siguiendo una tradición que se enraíza en los primeros publicistas del franquismo, como Joaquín Arrarás o Manuel Aznar, se afirma que Franco operó con lentitud deliberada fruto de una calculada prudencia. Sus decisiones militares estaban encaminadas a tomar porciones de terreno enemigo solamente cuando contaba con garantías. Es una tesis conducente a cimentar la supuesta genialidad militar del Generalísimo, asumida tanto por sus hagiógrafos originales como por sus continuadores en el tardofranquismo, como Ramón Salas Larrazábal, José Manuel Martínez Bande o Ricardo De la Cierva. En segundo lugar, encontramos a los historiadores académicos de la Transición democrática, como Ángel Viñas, Paul Preston o Gabriel Cardona. Sin partir de asunciones similares, y con una intención crítica con respecto a la historiografía franquista, asumieron un presupuesto idéntico. Influidos por los nuevos estudios sobre la represión que comenzaron a asentarse en la década de los 90, propusieron que la motivación para la parsimonia bélica de Franco estribaba en su voluntad de exterminio de la oposición política, así como en la necesidad de disponer del tiempo necesario para consolidar su liderazgo al frente de la sublevación y el régimen naciente. Según estos histo-

---

<sup>1</sup> Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), C. 2598, 109. CGG, «Instrucciones rapidez avance, especialmente C.E. Urgell», febrero de 1939.

riadores, Franco ocupó lentamente el territorio republicano por una razón fundamental: para poder llevar a cabo una concienzuda purga de socialistas, anarquistas, comunistas y republicanos, paso a paso, sector conquistado tras sector conquistado.

Unos y otros razonamientos han sido contestados en los últimos tiempos por historiadores como Javier Rodrigo, Mario Martínez Zauner, David Alegre o Carlos Píriz, esencialmente a partir del trabajo exhaustivo con fuentes documentales procedentes de los archivos militares. De igual modo, los estudios centrados en la experiencia bélica de ambos ejércitos han dibujado una realidad militar poco compatible con la tesis de la guerra lenta, relacionada entre otras cosas con los problemas de manejo de un gran ejército de recluta o las dificultades de implementación sobre el terreno de los planes diseñados por los altos mandos.<sup>2</sup> Además, los estudios que han abordado la cronología de la violencia y la represión rebeldes ya permitían cuestionar implícitamente esta tesis, como veremos en el apartado final del presente artículo. La polémica historiográfica suscita una serie de preguntas. ¿Hasta qué punto la lentitud operacional de Franco tiene base documental como un hecho deliberado? ¿Franco realmente condujo la guerra al ritmo que quiso? ¿Era necesario ese avance pausado para sus políticas represivas? ¿Qué papel ocupa en todo esto la resistencia de las fuerzas armadas de la República?

Partiendo del análisis de documentación militar del ejército sublevado, de la revisión de las fuentes empleadas para sostener esta tesis y de la reconsideración del factor cronológico a la hora de interpretar la relación entre las variables guerra-violencia/represión-construcción de su liderazgo, este artículo pretende cuestionar la idea de que Franco optó deliberadamente por imponer un ritmo lento a las operaciones militares como forma de alcanzar una serie de objetivos específicos que le hubiera sido más difícil conseguir de haber liquidado el conflicto antes de abril de 1939. Al contrario, se defenderá la idea de que el ritmo que adoptaron las operaciones, así como algunas de las decisiones táctico-estratégicas que han cimentado la tesis de la guerra lenta, estuvieron mediatizadas por condicionantes militares que no han sido incorporados a la ecuación. Con ello pretendemos también poner en valor las recientes aportaciones realizadas desde los estudios socioculturales de la guerra, que precisamente han buscado cubrir un vacío historiográfico relevante, por paradójico

---

<sup>2</sup> Seidman, 1997; Matthews, 2012; Alegre, 2018; Leira Castiñeira, 2020.

que resulte: el de una guerra civil estudiada profusamente desde múltiples perspectivas, pero apenas desde la bélico-militar.<sup>3</sup> Así, en la primera sección realizaremos una breve genealogía de la tesis de la guerra lenta, mientras que en las secciones segunda y tercera abordaremos, respectivamente, la dimensión militar de dicha tesis y una realizaremos recusación de la misma a partir del análisis de la documentación de archivo. Por último, la última sección del texto buscará complementar la refutación de la tesis de la guerra lenta desde la perspectiva de las cronologías de la violencia y la represión, por un lado, y el proceso de construcción del caudillaje de Franco, por otro.

### **La genealogía de la tesis de la guerra lenta**

En el proceso de construcción del liderazgo carismático del Caudillo el mito de que Franco fue un genio militar jugó un papel central. Desde su desempeño en el Protectorado, Franco hizo gala de unas supuestas cualidades militares excepcionales. Esto se habría traducido en una magistral conducción de la guerra civil en la que el resultado de todas las batallas, las decisiones estratégicas tomadas y la propia duración de la guerra cobrarían sentido sobre el trasfondo del talento militar del Caudillo. Es decir, aciertos cuya lógica, aunque potencialmente cuestionable para un observador externo, terminaría siempre vinculada a la clarividencia de Franco.<sup>4</sup>

En este sentido, los hagiógrafos de Franco y sus continuadores en el tardofranquismo justificaron la duración de la guerra en base a diversos motivos exculpatorios de la propia responsabilidad del Caudillo. José García Mercadal o Luis de Galinsoga la atribuyeron a su voluntad de no generar destrucciones innecesarias: «No quiero poblaciones destruidas con víctimas inocentes; prefiero tardar más en ocuparlas a hacer un daño

---

<sup>3</sup> Pese al trabajo de algunos historiadores tardofranquistas, con evidentes sesgos, y salvo algunas excepciones como las de Alpert, 1989; Puell, 2000; Seidman, 2003 y 2012; o Cardona, 2006, no ha sido hasta la década de los 2010 que han comenzado a surgir estudios sistemáticos sobre en conflicto de 1936-1939, planteados además desde el enfoque de la nueva historia militar. Algunos ejemplos, aparte de los citados en la nota anterior, en Alonso Ibarra, 2019; o Ruiz Casero, 2021.

<sup>4</sup> Sobre la construcción del mito de Franco, véanse Zenobi, 2011, o Rodrigo, 2022, en especial pp. 224-237 para su faceta como líder militar durante la guerra civil.

innecesario», lo cual distaba mucho de la realidad de la dureza con la que fueron castigadas las localidades conquistadas por los rebeldes y los civiles que las habitaban.<sup>5</sup> De hecho, y por supuesto en línea con el mito, las complejidades de la guerra y la duración derivada de ellas fueron ya predichas clarivamente por el propio Franco al inicio de la insurrección: «¡Qué equivocados están [...] quienes creen que el Alzamiento militar va a ser cosa breve! Será, por el contrario, muy difícil y muy sangriento y durará bastante.»<sup>6</sup> Estas manifestaciones, publicadas mucho tiempo después de los hechos, más bien apuntan a una justificación *a posteriori* de por qué la guerra se alargó tres años.

No faltan tampoco las alusiones a la responsabilidad republicana. Galinsoga afirma que la ayuda recibida por la República impidió liquidar la guerra «en obra de pocas semanas y aún de pocos días».<sup>7</sup> Joaquín Arrarás coincide en subrayar la culpabilidad de una República condenada «irremisiblemente a la derrota» y que se negó a rendirse tras la ofensiva de Aragón, lo que obligó a Franco a continuar combatiendo.<sup>8</sup> Esta idea es compartida por Ricardo de la Cierva, al señalar que «No es verdad que Franco tratara de perpetuar la guerra civil; lo que pretendía era señalar que los enemigos derrotados en España no se resignarían jamás a su derrota, como ha sucedido.»<sup>9</sup> La interpretación de la responsabilidad republicana de no acordar una salida al conflicto, supuestamente buscada por Franco, se corresponde con sus manifestaciones a Roberto Cantalupo, embajador de la Italia fascista en España, en febrero de 1937: «Los rojos no se rendirán jamás y aún en el caso de que quisiesen negociar con nosotros habría en su bando quien podría impedirselo: Moscú. [...] Tanto ellos como nosotros llevaremos la guerra hasta el final». Aunque, nuevamente, Franco afirmaba no buscar una resolución militar rápida en aras de evitar destrucciones innecesarias con las que «hundiría a mí país.»<sup>10</sup> No obstante, sabemos que Franco en ningún momento prestó demasiada atención a los intentos de mediación internacional, siendo su único objetivo la rendición incondicional de la República.<sup>11</sup>

---

<sup>5</sup> Galinsoga, 1955, pp. 275-276. García Mercadal, 1937, p. 29.

<sup>6</sup> Galinsoga, 1955, p. 195.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 249.

<sup>8</sup> Arrarás, 1984 [1938], Vol. 7, p. 126.

<sup>9</sup> De la Cierva, 2000, p. 371.

<sup>10</sup> Cantalupo, 1951, p. 100.

<sup>11</sup> Anderson, 2012, p. 253.

La evolución hacia un análisis menos hagiográfico de Franco trajo consigo nuevas lecturas sobre la duración de la guerra, que apuntaron más bien al carácter del Generalísimo. Para uno de sus biógrafos, el inglés Brian Crozier, Franco se caracterizó en la guerra por su cautela y la eficiencia, algo que le acabó enfrentando con los comandantes alemanes, que le exigían un enfoque más rápido y moderno.<sup>12</sup> Esta misma idea de calculada prudencia es defendida por autores con un mayor interés por las cuestiones puramente militares. Ramón Salas Larrazábal califica de «proverbial prudencia» una de las decisiones más controvertidas de Franco: el viraje hacia Valencia.<sup>13</sup> En una línea similar, Manuel Aznar defendió que el principal criterio del Generalísimo al conducir la guerra fue la «seguridad sin sorpresas». De hecho, seguidamente añade que «Para ello era indispensable contar con una retaguardia firme, libre de reacciones nerviosas», algo que consiguió aplicando la «Unidad de Mando».<sup>14</sup> Esto último no deja de ser interesante, ya que Aznar reproduce un argumento similar al que dan los historiadores actuales para explicar la larga duración del conflicto, si bien desde unas coordenadas interpretativas del personaje radicalmente opuestas.

La transición abrió la puerta al progresivo el derribo de los mitos construidos en torno a Franco. Numerosas biografías, algunas particularmente vinculadas al antifranquismo militante, asociaron la duración del conflicto a su incompetencia militar en tanto que «general de pequeño frente», incluyendo también el argumento de la consolidación de su poder.<sup>15</sup> Aunque, es importante señalarlo, se trataba más de una crítica basada en la interpretación personal de los hechos que no cimentada en el trabajo con fuentes documentales. En cambio, esta sí sería la línea seguida por historiadores como Paul Preston o Ángel Viñas, dos de los principales defensores de la idea que venimos desgranando, junto a otros más enfocados en los aspectos militares del conflicto como Gabriel Cardona o, desde una óptica mucho más crítica y descalificativa del personaje, Carlos Blanco Escolá. En buena medida, la reproducción de la tesis de la guerra lenta ha venido a través de la cita a estos autores, razón por la cual los situamos como los principales referentes. Esta se fundamentaría en tres elementos: la mediocridad de Franco como comandante militar; la voluntad

---

<sup>12</sup> Crozier, 1967, pp. 6-7. También con los italianos: Rodrigo, 2022, pp. 226-228.

<sup>13</sup> Salas Larrazábal, 1973, p. 1819.

<sup>14</sup> Aznar, 1975, p. 172.

<sup>15</sup> Por ejemplo, Ramírez, 1976, pp. 215 y 218; o Fernández Mateu, 1977, p. 134.

del Generalísimo de extender el conflicto para «consolidar su supremacía política»; y su deliberada estrategia de ocupar lentamente el territorio republicano para «destruir físicamente lo más posible el Ejército Popular», y por extensión a su enemigo republicano.<sup>16</sup> Más allá de las motivaciones de Franco, que desgranaremos en la páginas siguientes, el pilar fundamental de esta interpretación radica en la voluntad explícita del Generalísimo de librar una guerra lenta; es decir, que ante la opción de poder terminar la guerra antes, Franco escogió no hacerlo por intereses políticos y represivos.

Al plantearse así, esta tesis omite el análisis de la dimensión militar de la contienda, para lo cual se recurre a autores como Gabriel Cardona, que dibujan una imagen cuasi omnipotente del ejército sublevado pese a no haber trabajado exhaustivamente la documentación de archivo que presentaremos aquí. O bien, a controvertidos expertos como Martínez Bande y Salas Larrazábal, quienes no dudan en manipular las fuentes cuando la realidad les aleja de sus ideas preconcebidas.<sup>17</sup> Es decir, que no se realiza una valoración crítica de las capacidades y posibilidades militares del ejército insurgente en los diversos momentos de la guerra, lo que a nuestro juicio resulta fundamental para una adecuada contextualización de las decisiones tomadas por Franco. De este modo, se ha construido la idea de que el ejército sublevado, de haber querido Franco tomar determinadas decisiones estratégicas, podría haber terminado la guerra mucho antes de abril de 1939. Este enfoque supone asumir acríticamente la absoluta superioridad de las armas rebeldes y, además, despojar de toda capacidad de agencia al Ejército Popular de la República, que queda como mero convidado de piedra. Que Franco hubiera podido obtener una victoria rápida y segura de haber tomado una decisión alternativa en cualquiera de los momentos que ahora veremos es, como mucho, una hipótesis con un alto grado de especulación, a tenor de los innumerables problemas que padeció el ejército sublevado durante la guerra.<sup>18</sup> En todo caso, lo que esta problemática pone de manifiesto es la necesidad de reescribir la historia de la guerra civil desde el campo de los estudios socioculturales de la guerra.

---

<sup>16</sup> Preston, 2006 [1993], p. 253. Viñas, 2012, p. 316.

<sup>17</sup> Ruiz Casero, 2021, pp. 571-572.

<sup>18</sup> Alegre, 2018, pp. 60-61.

## La justificación militar de la guerra lenta

Parece un hecho probado que Franco tomó en sus manos la dirección personal de la guerra desde estadios muy tempranos. Varias investigaciones han puesto el foco sobre esto, entre las que destaca la ya clásica biografía firmada por Paul Preston. El Estado Mayor de Franco funcionaba prácticamente como un elemento decorativo, con el que el Caudillo rara vez discutía sus disposiciones: «Él discurre los planes de operaciones sin que su E.M. ni los mandos subordinados influyan en sus decisiones», afirmó el general Alfredo Kindelán, jefe de la aviación sublevada.<sup>19</sup> De hecho, buena parte de la tesis de la guerra lenta se sostiene precisamente sobre esta idea: que Franco era quien tomaba las decisiones últimas en todas y cada una de las grandes operaciones, aun teniendo en contra a un número importante de sus generales. Incluso, Ángel Viñas interpreta esto como una forma de reafirmación de su autoridad: «una orden militarmente incomprensible podía servir, si la obedecían [sus generales], de mecanismo para dejar en claro quién era el que mandaba».<sup>20</sup> Clarificado entonces de forma inequívoca que las decisiones estratégicas eran responsabilidad exclusiva de Franco, cabe preguntarse cuáles de ellas alargaron la duración del conflicto.

Muchas de las operaciones militares de iniciativa sublevada han sido puestas como ejemplo de esa política, y se irán desgranando a continuación: la decisión de levantar el sitio del Alcázar de Toledo en septiembre de 1936, la de acudir al choque frontal en Brunete mientras se paralizaba la campaña del Norte, el auxilio a Teruel, o el avance sobre Valencia en la primavera de 1938. La primera campaña de la guerra en la que Franco intervino directamente ha sido tomada en ocasiones como una muestra de esa dilación deliberada en la búsqueda de una resolución rápida del conflicto: en lugar de emplear la vía más directa hacia Madrid, por la carretera de Andalucía, Franco eligió progresar con su Ejército de África por Extremadura y virar al Este al atravesar las aguas del Tajo. Es, sin embargo, una decisión comprensible desde el punto de vista táctico, y así ha sido reconocido por algunos de quienes sostienen las tesis de la guerra lenta.<sup>21</sup> Incluso Blanco Escolá, particularmente inclinado a desmenuzar muy críticamente cualquier decisión de Franco para demostrar su incom-

---

<sup>19</sup> Kindelán, 1982, pp. 131-137.

<sup>20</sup> Véase la entrada «La guerra lenta de Franco (y X)», 3 de julio de 2018. Disponible en <https://www.angelvinas.es/?p=1508> (consultado por última vez el 13/03/2023).

<sup>21</sup> Preston, 2006 [1993], pp. 197-198.



petencia como comandante, termina por conceder que no es fácil determinar si este acertó o no en su elección desde el punto de vista militar, aunque sí señala que indudablemente benefició su posición política.<sup>22</sup> De esa manera, las columnas africanas mantenían su flanco cubierto, primero por la frontera con Portugal, su aliado, y después por el curso del Tajo.

Sería tras la toma de la localidad de Maqueda cuando se abriese la primera gran disyuntiva para las fuerzas insurgentes: continuar la marcha forzada hacia Madrid o desviarse para socorrer a los asediados defensores del Alcázar de Toledo. Franco se decidió por lo segundo, no sin reticencias por parte de algunos de sus subordinados, aunque el Caudillo esperaba, tal y como le señaló a Kindelán, que «un retraso de ocho días no se traduzca en las consecuencias que usted pronostica [no poder tomar Madrid]». Aun contemplando que su decisión supusiese un fracaso ante la capital, Franco eligió seguir adelante con la opción toledana.<sup>23</sup> El principal argumento de los defensores de la guerra lenta es que el momento era único para la toma de Madrid, que se encontraba en una situación de extrema debilidad. Preston señala que el desvío a Toledo fue «la diferencia entre una excelente oportunidad para entrar fácilmente en Madrid y el hecho de tener que emprender un largo asedio como resultado de la reorganización de las defensas de la capital y la llegada de la ayuda extranjera.»<sup>24</sup> El reforzamiento de las «débiles defensas» madrileñas, la reorganización republicana y la presencia de las Brigadas Internacionales habrían sido pues los elementos que impidieran la toma de la capital por los rebeldes.<sup>25</sup>

La teórica facilidad para conquistar Madrid en septiembre parte, a nuestro juicio, de una sobrevaloración del impacto del armamento soviético y las Brigadas Internacionales en la capacidad de supervivencia de la capital republicana, y de una minusvaloración de las deficiencias de las que adolecían las fuerzas rebeldes para afrontar una batalla de estas características.<sup>26</sup> Para justificar esa facilidad, Preston recurre al testimonio de Serrano Súñer, en ese momento preso en una cárcel madrileña, quien

---

<sup>22</sup> Blanco Escolá, 2000, pp. 233-236.

<sup>23</sup> Kindelán, 1982, p. 86. Preston, 2006 [1993], p. 206.

<sup>24</sup> Preston, 2006 [1993], p. 206. Esta misma idea en Cardona, 2006, pp. 81 y 85.

<sup>25</sup> Casanova, 2013, p. 164.

<sup>26</sup> Kowalsky, 2004, pp. 262-266. Sin defender la tesis de la guerra lenta, Kowalsky considera que la asistencia soviética, especialmente los asesores y el material bélico, fue crucial en la defensa de Madrid, aunque sin contrastarlo con las capacidades de las fuerzas rebeldes en ese momento.

señala en sus memorias que existía entre los partidarios de la insurrección la *creencia* de que Madrid habría caído de haber sido asaltada en septiembre, al tiempo que asocia la fortaleza de las fuerzas defensoras a la llegada de las Brigadas Internacionales.<sup>27</sup> Sin embargo, algunos autores han matizado esa teórica debilidad de la defensa en la capital. Fernando Puell, apoyado en varias fuentes, cuestiona la mejor calidad de las unidades brigadistas en los momentos iniciales del asalto rebelde, al tiempo que evidencia su escasa proporción dentro del conjunto de fuerzas republicanas —un 4% hasta el día 17 de noviembre— y su no implicación en los «decisivos combates» del día 8, que frenaron el avance sublevado en la Casa de Campo.<sup>28</sup> Por su parte, Miguel Alonso Baquer señala que, incluso sin el desvío a Toledo, los sublevados tenían «escasas posibilidades» de tomar Madrid debido a que solo contaban con 12.000 hombres para hacerlo.<sup>29</sup>

Tan relevante como la fortaleza o debilidad de los defensores de Madrid, era la propia capacidad de las columnas rebeldes de tomar la ciudad. Estas habían marchado con ritmo vertiginoso desde el Sur peninsular, pero a mediados de septiembre esa velocidad se ralentizó sensiblemente en torno a Talavera.<sup>30</sup> Como señala Preston, las fuerzas que iniciaron el asalto sobre Madrid se encontraban extraordinariamente fatigadas.<sup>31</sup> El elevado ritmo de avance, la falta de tiempo para reorganizarse y descansar, la escasez de tropas de refresco —el primer remplazo fue llamado el 8 de agosto, aunque «más orientado a apuntalar el control efectivo del territorio», y el segundo no lo sería hasta el 24 de septiembre—, y la carestía y desgaste del material, situaban a las fuerzas rebeldes en una situación muy precaria.<sup>32</sup> De hecho, ya en agosto de 1936, tras la toma de Badajoz, Yagüe había advertido a Franco de que «en Madrid tienen una gran cantidad de artillería y que se están fortificando formidablemente; van a ser superiores a nosotros en artillería», solicitándole la incorporación a su columna de entre seis y ocho grupos de artillería de refuerzo si quería tener opciones de tomar la capital.<sup>33</sup>

<sup>27</sup> Preston, 2006 [1993], p. 206. Serrano Súñer, 1977, pp. 132-133.

<sup>28</sup> Puell, 2019, pp. 19-20.

<sup>29</sup> Alonso Baquer, 2004, p. 45.

<sup>30</sup> Preston, 2006 [1993], p. 212. Ruiz Alonso, 2019, p. 550.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 230.

<sup>32</sup> Las fechas de los remplazos en Leira Castiñeira, 2020, pp. 57-59.

<sup>33</sup> AGMAV, C. 2552, 5, p. 71. Ejército del Sur, «Partes de las operaciones sobre Badajoz», agosto de 1936. Kindelán, 1982, p. 85, y Cardona, 2006, p. 87, señalan también la escasez de artillería de las fuerzas rebeldes.

Añadido a esto, y como principal dificultad del asalto frontal, estribaba la disonancia existente entre el modo de hacer la guerra de las fuerzas encargadas de tomar Madrid y lo que militarmente se requería para conquistar una ciudad de ese tamaño. La élite del contingente rebelde la formaban legionarios y regulares, unidades expertas en la guerra irregular contra un enemigo pobremente armado propia del contexto colonial, y que se habían desenvuelto muy bien en un escenario similar como el de las semanas y meses anteriores. No obstante, el asalto a una gran ciudad exigía un enfoque distinto para el que las fuerzas rebeldes no estaban preparadas.<sup>34</sup> Por ejemplo, el Cuartel General del Generalísimo (CGG) dio instrucciones contradictorias sobre una cuestión básica del combate urbano como el uso de tanques —siempre arriesgadísimo dentro de las estrechas calles de una ciudad, donde la maniobra es complicada y las escotillas pueden ser abordadas con facilidad desde las alturas—, el cual se ordenaba en una directiva el 7 de noviembre, para ser contraordenado tan solo doce días después.<sup>35</sup> Es difícil saber si Franco era consciente de esa incapacidad, aunque su decisión de levantar el asedio del Alcázar, además de por motivaciones principalmente políticas, pudo estar también influida por una valoración de sus posibilidades en Madrid. Hasta cierto punto, Preston parece apuntar a esa idea, aunque desde otros presupuestos interpretativos, cuando señala que Franco «sospechaba que había poca gloria que ganar» en Madrid y que rechazó ataques frontales en terreno urbano por temor a desgastar excesivamente a las columnas africanas.<sup>36</sup>

Lo que sí resulta evidente es que el propio ejército sublevado pronto reconoció su fracaso en Madrid. En una directiva fechada el 22 de noviembre se achacaba la «lentitud de las operaciones» a tres factores: la «debilidad de los efectivos», la «preocupación que ha invadido a los mandos por la aparición de tropas extranjeras» y «una mala situación táctica». Se admitía así que el contingente reunido para la operación resultaba a todas luces insuficiente, contando que por entonces era mucho más nu-

---

<sup>34</sup> Cardona, 2006, pp. 96-102 tiene una visión similar, pese a lo cual sostiene que el desvío a Toledo impidió la conquista de Madrid, lo cual resulta contradictorio. Las dificultades del combate urbano afectaron igualmente a ejércitos mucho más modernizados que el sublevado, como la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial. Ver Wettstein, 2012.

<sup>35</sup> AGMAV, C. 2584, 15. CGG, «Instrucciones para el avance en el interior de Madrid», noviembre de 1936. AGMAV, C. 1229, 72. Ejército del Norte, «Instrucciones sobre el empleo de carros de combate», noviembre de 1936.

<sup>36</sup> Preston, 2006 [1993], pp. 231-232.

meroso del que podría haber asaltado Madrid a finales de septiembre; al tiempo que se ponía en valor el impacto real y moral de los refuerzos republicanos, que como hemos señalado antes fueron relevantes, si bien no decisivos en los choques iniciales. Por su parte, una segunda instrucción de comienzos de diciembre ordenaba detener el avance por el interior de la ciudad para evitar un terreno favorable a las fuerzas republicanas donde «la acción de las armas es tan limitada y los combates tan sangrientos y costosos», asumiendo que la forma de hacer la guerra empleada hasta entonces por los rebeldes no era efectiva en un gran escenario urbano como el madrileño.<sup>37</sup> Por ende, Madrid fue, como toda la guerra, un choque de realidad y una experiencia de aprendizaje para unos contingentes —también el republicano— que no estaban preparados para librar una guerra moderna. Esto permite refutar la idea de que el camino a la conquista de Madrid estuviera expedito a finales de septiembre de 1936.

Tras Madrid, se han puesto también en cuestión algunas de las decisiones de Franco en las batallas del año 1937. Cardona critica la negativa de Franco —achacándola a que priorizaba su interés personal por encima de la lógica estratégica— a «repetir la batalla de Guadalajara» (esto es, tratar de envolver la capital desde su flanco nordeste) empleando las tropas frescas de las que disponía en el Frente Norte. Esas fuerzas, sumadas al agotamiento de las unidades republicanas, habrían conducido a una irremediable victoria sublevada, la conquista de Madrid, el cierre de la frontera francesa tras la ocupación de Cataluña y la conclusión de la guerra en verano. Toda una concatenación de victorias sublevadas en las que, oportunamente, el Ejército Popular aparece como mero espectador pasivo, ya desorganizado y derrotado antes siquiera de empezar las operaciones. De hecho, Cardona repite una crítica similar en Brunete, donde Franco habría ordenado detener el avance impidiendo una explotación de la victoria como le pedían sus generales.<sup>38</sup> Por su parte, Preston acusa a Franco de poner «multitud de pequeñas trabas» a las operaciones de Mola en el Norte, tanto para reforzar su autoridad como «debido a su falta de interés en una pronta conclusión de la guerra».<sup>39</sup> En ambos casos, se sobredimensionan el interés personal de Franco y la «lógica» estratégica, que solo es

---

<sup>37</sup> AGMAV, C. 1229, 76. Ejército del Norte, «Sobre la acción en Madrid. Causa de la lentitud en las operaciones», noviembre de 1936. AGMAV, C. 2584, 15. CGG, «Decisión» [diciembre de 1936].

<sup>38</sup> Cardona, 2006, pp. 145-146 y 180.

<sup>39</sup> Preston, 2006 [1993], p. 312.

entendida como tal *a posteriori*, omitiéndose cualquier crítica a las capacidades del ejército sublevado, el papel que habría de jugar el contingente republicano o una mayor ponderación de la limitada concepción militar de Franco, que ha sido descrito en ocasiones como un militar mediocre.<sup>40</sup> Esta concepción, según Alonso Baquer, se definiría como «aproximación indirecta», lo que explicaría la «lentitud mental y operativa» de un Franco más preocupado de no perder la guerra que, a diferencia de Vicente Rojo, de ganarla en un golpe decisivo.<sup>41</sup>

El auxilio a Teruel en diciembre de 1937 fue una decisión igualmente polémica. Tras la caída del Norte, los sublevados habían conseguido reunir una poderosa masa de maniobra en el frente de Guadalajara, la mayor hasta aquel momento en desplegarse en la guerra española. Los planes de Franco eran lanzarla hacia el Suroeste, completar el cerco a Madrid y forzar su caída, en una suerte de versión corregida y aumentada de la ofensiva italiana el marzo anterior. Sin embargo, ante el ataque republicano contra Teruel, Franco retrasó primero la gran operación estratégica, hasta finalmente suspenderla el día 23 de diciembre. En la reunión con sus generales, y ante las posibles suspicacias de algunos por un cambio de planes que podía costar la rápida finalización de la guerra, el Caudillo se limitó, como en otras ocasiones, a «comunicar» una decisión que ya había tomado.<sup>42</sup> El prestigio nacional e internacional en juego influyeron en el cambio de planes de Franco, que se arriesgaba a que se viese la asunción de la pérdida de Teruel como una derrota personal.<sup>43</sup> Pero, de nuevo, lo que la tesis de la guerra lenta sostiene es que el avance sobre Madrid hubiera supuesto sin lugar a dudas la toma de la ciudad. Franco, al ser conocedor de esto, habría optado por responder al embate republicano con la finalidad de alargar el conflicto. Una tesis que creemos está escasamente fundamentada en la realidad militar del conflicto: alcanzar Madrid no podía ser una tarea sencilla, ya que los republicanos eran perfectamente conocedores del despliegue enemigo en Guadalajara, frente densamente fortificado y cubierto por el potente IV Cuerpo de Ejército, una unidad selecta y que contaba con abundantes refuerzos en retaguardia.<sup>44</sup>

---

<sup>40</sup> Blanco Escolá, 2000; Martínez Reverte, 2009, pp. 281-291.

<sup>41</sup> Alonso Baquer, 2004, pp. 33-35.

<sup>42</sup> Martínez Bande, 1974, p. 89.

<sup>43</sup> Alegre, 2018. Seidman, 2012, p. 92.

<sup>44</sup> Ruiz Casero, 2021, pp. 524-527.

Pero la más discutida de las decisiones de Franco en la dirección de la guerra se produjo en la primavera siguiente. Tras la exitosa ruptura del frente de Aragón en marzo de 1938 y la ocupación de Lérida el 3 de abril, se abrió ante él la posibilidad de lanzar sus fuerzas contra Barcelona, donde desde el otoño anterior se encontraban los órganos centrales de poder republicanos y buena parte de su industria. Según muchos autores, la caída de la nueva capital republicana y el cierre total de la frontera francesa hubieran supuesto la derrota de la República. Kindelán califica de «innecesario» el ataque sobre Valencia, aunque a continuación cuestiona que el avance sobre Cataluña hubiera acortado la guerra, lo que no obstante parece más un ejercicio de lealtad al Caudillo que de opinión sincera.<sup>45</sup> Cardona habla de un avance que se preveía «rápido y poco cruento», sin referir más fundamento para su juicio.<sup>46</sup> Ángel Viñas, para quien la decisión de Valencia es el principal reflejo de que Franco quiso deliberadamente demorar su victoria militar, sostiene, sin tampoco fundarse en documentación militar alguna, que Cataluña «estaba prácticamente abierta de par en par», aunque sí emplea para justificar su planteamiento la fuerte oposición de generales como Yagüe y Kindelán a la decisión de Franco, y las declaraciones de este al periodista del *Times* Harold Philby en las que afirmaba que el cierre de la frontera con Francia aceleraría la victoria rebelde.<sup>47</sup> Por su parte, Preston sigue a Salas Larrazábal y Martínez Bande a la hora de afirmar que «Entre Lérida y Barcelona no existían fuerzas republicanas importantes», algo que se refrendaría por la propia valoración de Vicente Rojo, quien señaló años después que, de haber seguido avanzando, Franco «habría tenido en mayo de 1938 el triunfo de febrero de 1939». Además, añade la potencial amenaza de una intervención militar francesa en caso de ocupación sublevada de Cataluña, algo que ha sido refutado documentalmente por Viñas.<sup>48</sup>

Como en ocasiones anteriores, los historiadores que sostienen la tesis de la guerra larga omiten el análisis militar sostenido por fuentes docu-

---

<sup>45</sup> Kindelán, 1982, p. 204.

<sup>46</sup> Cardona, 2006, p. 241. En una línea similar, Blanco Escolá, 2000, p. 497, quien habla de un ejército republicano que «presentaba claros síntomas de desorganización y desmoralización extremas».

<sup>47</sup> Viñas, 2012, pp. 312-313.

<sup>48</sup> Preston, 2006 [1993], p. 339-340. Viñas, 2012, p. 315. Esta cuestión es abordada más ampliamente por Viñas a través de varias entradas en su blog: <https://www.angelvinas.es/?s=guerra+lenta> (consultado por última vez el 13/03/2023).

mentales, ya que esa dimensión se resuelve con referencias a los trabajos de Salas o Martínez Bande. Sin embargo, las obras de los dos historiadores tardofranquistas aportan algunos elementos adicionales que no han sido tenidos en cuenta a la hora de valorar la realidad de la situación militar a comienzos de abril de 1938. Salas Larrazábal señala también que el éxito de la ofensiva rebelde de marzo no se habría debido tanto a una enorme superioridad militar de las unidades sublevadas sino a la desbandada general republicana. Igualmente, a pesar de afirmar la marcada precariedad de las fuerzas gubernamentales entre Lérida y Barcelona, apunta que «todavía era fuerte este Ejército que defendía Cataluña».<sup>49</sup> Por su parte, Martínez Bande cita a uno de los biógrafos de Franco, George Hills, para afirmar que «en estos primeros días de abril el optimismo del general Franco —repetimos— era muy grande.»<sup>50</sup> Una referencia que puede ser problemática por su dudosa fiabilidad, pero que apunta a una idea interesante —la confianza de Franco en su éxito rápido en Valencia— con suficiente interés como para ser al menos explorada.

En cualquier caso, las matizaciones de Salas Larrazábal permiten construir una imagen más compleja de la situación. Si la superioridad rebelde no era tal, y las fuerzas republicanas en Cataluña todavía podían presentar una resistencia relevante, considerando además que comenzaron a recibir nuevo material militar por la frontera francesa a partir del 17 de marzo, no parece tan claro que una continuación de la ofensiva más allá de Lérida fuera a traducirse en un simple paseo militar.<sup>51</sup> Según Alonso Baquer, aunque tampoco se apoya en documentación, Franco habría buscado un avance limitado al creer que la resistencia en Cataluña sería mayor de lo que pensaban sus generales.<sup>52</sup> Pero lo que la idea de la fácil progresión en Cataluña olvida es una cuestión clave: la ofensiva de Aragón fue la campaña en la que los sublevados consiguieron una mayor penetración en el menor tiempo. Esto probablemente conllevó que las líneas de aprovisionamiento se extendieran en exceso teniendo en cuenta que el ejército rebelde que no estaba acostumbrado a tales ritmos de avance, lo que podría explicar la valoración de Rojo, que no sabemos hasta qué punto era conocedor de la verdadera situación de su oponente. Como veremos a continuación, las deficiencias operativas del ejército insurgente

---

<sup>49</sup> Salas Larrazábal, 1973, pp. 1813-1814 y 1817.

<sup>50</sup> Martínez Bande, 1977, p. 15.

<sup>51</sup> Preston, 2006 [1993], p. 340.

<sup>52</sup> Alonso Baquer, 2004, pp. 213-215.

problematizan su capacidad para seguir progresando a una cadencia semejante. Eso quizá sirva para entender mejor la decisión de Franco, que no un alargamiento deliberado de la guerra vía Valencia.

### **La incapacidad militar del ejército sublevado**

Si en algo coinciden los diversos autores que se han detenido sobre la cuestión de la guerra lenta es en la supuesta omnipotencia de las fuerzas armadas sublevadas. Franco hacía lo que quería cuando quería, y el resultado final de las operaciones obedecía exclusivamente a su voluntad. Cierto es que acaparó unas cotas de poder sin parangón en la historia contemporánea de España, pero había asuntos bélicos y factores en juego sobre los que, incluso investido de tal autoridad, su capacidad de acción era limitada: las aptitudes militares crecientes de su enemigo, las insuficiencias de sus propias fuerzas armadas y sus carencias como estratega.

El ejército republicano, aun enfrentando enormes dificultades, había logrado convertirse en un oponente duro, eficiente en general cuando combatía a la defensiva, y con algunas unidades con cierta potencia en la maniobra. Las victorias en Madrid habían forjado un núcleo de tropas con aceptable moral y capacidad de resistencia que sirvieron como espina dorsal para el naciente Ejército Popular de la República. La infantería republicana, siempre en inferioridad material —especialmente artillería—, supo poner en aprietos repetidas veces a sus oponentes, con un alto mando enormemente capacitado en manos de Vicente Rojo, capaz de robarle la iniciativa estratégica a Franco en sucesivas ocasiones: Brunete, Teruel, el Ebro.<sup>53</sup> Las bajas de los dos bandos en el ciclo operativo del primer otoño-invierno de la guerra igualaron sustancialmente las dos infanterías, al desgastarse las primitivas unidades de choque del Ejército de África y encuadrarse militarmente las milicias de partidos y sindicatos afines al Frente Popular, lo que aumentó su eficiencia. Tras la quiebra del frente de Aragón y la posterior debacle, los gubernamentales pudieron rehacerse sorprendentemente, resistiendo en Valencia y contraatacando en el Ebro. Incluso las tropas de los olvidados frentes periféricos tuvieron un rendimiento aceptable cuando se daban unas mínimas condiciones y actuaban a la defensiva.<sup>54</sup>

---

<sup>53</sup> Blanco Escolá, 2013; Rojo, 2006.

<sup>54</sup> Ruiz Casero, 2021, pp. 514-515; Martínez Reverte y Martínez Zauner, 2016.



Por su parte, el ejército franquista distaba de ser un perfecto mecanismo de relojería en contraste con un Ejército Popular plagado de problemas y debilidades. Sin ir más lejos, esta idea ha permitido construir la tesis de la guerra lenta a partir de la asunción de que cualquier ofensiva rebelde se traduciría automáticamente en victoria. Gabriel Cardona, una de las principales referencias de la dimensión militar para los defensores de la guerra lenta, ejemplifica muy claramente esta visión. Cardona señala que, pasada la fase de columnas, «los generales [sublevados] habían aprendido tácticas militares más modernas, basadas en la cooperación [interarmas]», al tiempo que destaca el nivel de los «mandos intermedios», que, «aunque no fueron genios de la guerra», sí cumplieron estrictamente las órdenes recibidas. Por el contrario, el contingente republicano adolecería de falta de un liderazgo único, de escasez de cuadros intermedios y pobre formación de los mismos, de carencia de medios técnicos y reservas, y de un funcionamiento «desastroso» de muchos servicios.<sup>55</sup>

Sin embargo, si acudimos a la documentación generada por el propio ejército sublevado observamos una realidad mucho más próxima a lo que Cardona dibujaba para el republicano. Así, los problemas que afrontaron las fuerzas rebeldes en el asalto a Madrid continuaron muy presentes durante todo el conflicto. A pesar de que los sublevados partieron de la ventaja de poseer unas fuerzas armadas estructuradas que, a diferencia de las de sus enemigos, no se disolvieron, tuvieron que enfrentarse a enormes dificultades. No olvidemos, en este sentido, que la guerra civil fue un conflicto en el que ambos bandos tuvieron que improvisar a marchas forzadas dos ejércitos de masas para librar una guerra moderna, experiencia por la que no había pasado España anteriormente. Esto se tradujo en una difícil adaptación a esta nueva forma de combatir, que conllevaba procedimientos con los cuales los oficiales no estaban en absoluto familiarizados, como la coordinación con la aviación, la artillería o los tanques, la explotación de los flancos y retiradas enemigas, el uso de reservas o el posicionamiento sobre el terreno. Como explicitaba una directiva del CGG de febrero de 1937, «es imprescindible desterrar la imaginación del Oficial la posición africana establecida en las cumbres, justificada allí en parte por la falta completa en el enemigo de artillería».<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> Cardona, 2006, pp. 199-200. Sobre la diferencia en el nivel de oficiales, también Matthews, 2012, p. 172, sostiene la idea de Cardona.

<sup>56</sup> AGMAV, C. 1568, 54, p. 11. 13 DI, «Instrucción del C. Gral. del Genlmo. sobre organización del terreno», febrero de 1937.

Para reconstruir estas problemáticas, diseccionaremos cuatro documentos elaborados por el alto mando rebelde en diversos momentos del ecuador de la campaña, que exponen una serie de deficiencias que persistieron hasta el final de la guerra, y que también están presentes en la documentación más específica generada por divisiones, cuerpos de ejército o ejércitos.<sup>57</sup> El primero data del verano de 1937, el segundo y el tercero fueron emitidos ese invierno, y el cuarto data de mediados de 1938. El interés de estos documentos radica en que son informes generales circulados desde las más altas instancias, sobre diversos aspectos como el modo de hacer la guerra, la formación de la tropa o el funcionamiento de los servicios. Fueron compilados a partir del análisis de las distintas campañas, para aleccionar a los mandos de las grandes unidades. De este modo, dan una imagen general de los problemas y carencias del ejército franquista.

El primero de ellos, fechado en julio de 1937 y emitido por el CGG, consistía en unas instrucciones destinadas a «suprimir» los «grandes defectos tácticos en el empleo de las tropas, en que incurren la mayoría de los mandos». Estas hacían constante referencia a la inadecuación «para la guerra moderna» de los procedimientos empleados por los comandantes rebeldes, que esencialmente se resumían en la creencia en que a mayor número de efectivos mayor fortaleza de las posiciones. Así, acumulaban excesivas fuerzas en la primera línea, dejando la retaguardia carente de reservas en caso de ruptura enemiga.<sup>58</sup> Esa inadecuación para la guerra moderna protagonizaba otra directiva, emitida por el Cuerpo de Ejército de Galicia en noviembre de 1937. Esta gran unidad, comandada por Antonio Aranda, había sido creada a finales del mes anterior con algunas de las mejores divisiones rebeldes, como la 13 o la 150, por lo que los comentarios de la directiva buscaban remediar los problemas de los que habían adolecido sus formaciones en los meses anteriores. Su objetivo era desterrar una serie de «ideas y procedimientos de guerra» creados en «Mandos y tropas» por «la larga campaña», «que si eran adecuados a la situación, pudieran ser y serían altamente perjudiciales de persistir en su empleo al variar el carácter de la guerra». La directiva partía de la premisa de que la guerra se había transformado y modernizado —«móvil y ofensiva», con un enemigo más profesionalizado y nuevos medios como el carro de combate y el uso «in-

---

<sup>57</sup> Un comentario más extendido de toda esta documentación en Alonso Ibarra, 2019, parte I; y Ruiz Casero, 2021. También en Alegre, 2018, para la batalla de Teruel.

<sup>58</sup> AGMAV, C. 1569, 5. 13 DI, «Instrucciones del C. Gral. del Genlmo. sobre distribución de fuerzas y aprovechamiento del terreno», julio de 1937.

tensivo» de la aviación —, por lo que era necesario actualizar la forma de combatir. Así, se hacía hincapié en cuestiones como la coordinación entre unidades, la operación en profundidad —esto es, las reservas—, el uso de los blindados acompañados de infantería, y finalmente un aspecto clave que entronca de lleno con la idea de la guerra lenta y que tuvo una presencia recurrente en las órdenes e instrucciones emitidas por el alto mando rebelde: la necesidad de conducir operaciones de flanqueo, ya que empeñar un número creciente de efectivos contra una posición enemiga que ofrecía resistencia era una práctica totalmente ineficiente.<sup>59</sup>

Precisamente, conducir unas operaciones más rápidas mediante el uso de los flancos y la explotación de las retiradas enemigas, algo que según la tesis de la guerra lenta habría sido evitado en todo momento por Franco, es lo que pretendía una instrucción del CGG de diciembre de 1937. Así, su objetivo era «recoger las enseñanzas de la campaña perfeccionando nuestras actuaciones y corrigiendo los humanos errores que han podido apreciarse». El documento se centraba en modificar el «concepto afrancesado y rígido de la maniobra de avance» existente en el ejército rebelde, caracterizado por «un miedo injustificado a los flancos, los frutos de la victoria». Este empeño de los comandantes se traducía en un uso excesivo de «las mejores tropas, empleándolas hasta agotarlas» o el abuso de la aviación y la artillería, «contraviniendo las órdenes sobre su empleo y rebasando las posibilidades [...] del municionamiento». Así, frente a la idea de Cardona de que los mandos rebeldes eran mayoritariamente competentes y eficaces, el documento achacaba estos problemas a la «falta de Oficiales profesionales y prácticos en ejercicios», que terminaban por resolver su carencia de experiencia en la guerra moderna a base de la lógica de la fuerza bruta: más efectivos y más potencia de fuego.<sup>60</sup> De hecho, ya durante la batalla de Teruel, diversos comandantes de artillería elevaron quejas sobre el mal uso que la infantería hacía de las preparaciones artilleras, con las que esperaban encontrarse trincheras arrasadas que simplemente habría que ocupar, en vez de tener que combatir para conquistarlas.<sup>61</sup> Toda una serie de pro-

---

<sup>59</sup> AGMAV, C. 1335, 4. CE Galicia, «Directiva para la Instrucción de las tropas», noviembre de 1937.

<sup>60</sup> AGMAV, C. 1631, 8. Ejército del Centro, «Instrucciones del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones», diciembre de 1937.

<sup>61</sup> Alegre, 2018, pp. 222-226. Unas críticas similares, emitidas por el CTV durante la batalla del Ebro, en AGMAV, C. 2595, 84. «Informe del CTV sobre empleo artillería», octubre de 1938.

blemas que, medio año más tarde, seguían vigentes a tenor de cómo una directiva del CGG de junio criticaba el modo de avanzar de las divisiones sublevadas: ineficiente, a costa de un enorme número de vidas y carente de toda profundidad, algo de lo que responsabilizaba a los comandantes sobre el terreno, «movidos por un amor propio incompatible con la técnica de la batalla». En definitiva, una «ausencia de doctrina que se refleja en forma grave sobre el éxito de los ataques y contraataques del enemigo y en la vida de nuestros soldados».<sup>62</sup>

El panorama dibujado por estos cuatro documentos, que cubren la cronología fundamental del argumentario de la guerra lenta, es el de un ejército sublevado que no estaba preparado para la guerra moderna. La estructura de mando carecía de formación suficiente para implementar los procedimientos básicos de dicha guerra moderna, ya que las exigencias del conflicto superaban la capacidad de suministro de cuadros bien instruidos, un problema que afectó a ambos ejércitos.<sup>63</sup> Esas deficiencias se tornaron endémicas, lo que se añadió a otras problemáticas señaladas por las fuentes, como la desorganización de los servicios, la carencia generalizada de medios o dificultades de municionamiento.<sup>64</sup> Con esto no queremos, en ningún caso, señalar que el contingente sublevado fuese inferior al republicano, puesto que ha quedado ampliamente demostrada la superioridad militar rebelde desde mediados de 1937. Pero sí que nos permite contextualizar mucho mejor las decisiones de Franco, condicionadas por lo que los informes internos señalaban sobre el funcionamiento de las unidades insurgentes, y desde luego posibilita desterrar la idea de que toda acción ofensiva estaba destinada al triunfo. Como se pone de manifiesto en las instrucciones analizadas, el CGG, esto es, el propio Generalísimo, intentó a lo largo de todo el conflicto mejorar los procedimientos operativos para «terminar rápidamente la guerra».<sup>65</sup> Resulta difícil pensar que Franco estuviese intentando prolongar la guerra todo lo posible al tiempo

---

<sup>62</sup> AGMAV, C. 1573, 64. 13 DI, «Sobre la conducta a seguir por las GG.UU. en el combate y la estabilización», junio de 1938.

<sup>63</sup> Matthews, 2012, p. 49. Sobre la escasa formación de los mandos, véanse para el bando rebelde AGMAV, C. 2331, L. 59, 119. CGG, «Revista de inspección y sugerencias para corrección de deficiencias observadas», octubre de 1937; o AGMAV, C. 1810, 3. 75 DI, «Quejas de los Jefes de unidades, sobre incapacidad para el mando de algunos Alféreces y sargentos provisionales», septiembre de 1938.

<sup>64</sup> Véase nota 57.

<sup>65</sup> AGMAV, C. 1673, 74. 21 DI, «Instrucciones de S.E. el Generalísimo para aumentar la eficiencia de las unidades en el combate ofensivo», octubre de 1938. Esa misma expre-

que ordenaba la constante emisión de directivas e instrucciones encaminadas a mejorar la capacidad combativa de su ejército.<sup>66</sup>

Además, el análisis de documentación militar permite realizar una lectura más precisa de algunas de las fuentes empleadas por quienes defienden la tesis de la guerra lenta. Preston sugiere que Franco podría haber ocupado rápidamente todo el Norte tras la caída de Bilbao, mencionando la inquietud que mostró Kindelán ante la oportunidad desaprovechada.<sup>67</sup> De hecho, al señalar que dichas críticas fueron censuradas en la edición de 1945 de las memorias de Kindelán e incorporadas en la de 1982, Preston parece querer sugerir implícitamente la intención de borrar toda referencia a la noción de que Franco tomó decisiones destinadas a alargar innecesariamente el conflicto. No obstante, a nuestro juicio, esa censura respondería más a la preservación del mito de Franco como genio militar que a una teórica voluntad de eliminar el rastro de la guerra lenta. Y es que Preston cita un pasaje donde Kindelán comenta que, tras Bilbao, no se persiguió al enemigo porque, y esto es la parte censurada, «la concepción estratégica [de la operación] fue mucho más modesta [que la táctica]». Ahora bien, lo que el historiador británico no incluye es la parte final del pasaje, que creemos reveladora a la luz de la documentación analizada. Kindelán añade que dicha modestia «era obligada en atención a la penuria de efectivos con que se emprendió la maniobra». Además, en el capítulo final de sus memorias, comenta que la falta de iniciativa de los mandos sobre el terreno lastró el ritmo de avance rebelde durante toda la guerra, una «relativa incompetencia de nuestros Mandos» que califica de «lamentable».<sup>68</sup> Véase, por ejemplo, el proemio a este artículo. Incluso en un escenario tan favorable como el de febrero de 1939 en Cataluña, unidades importantes como el C.E. Urgel, que contaba con divisiones muy experimentadas en combate como la 62 y la 150, avanzaban a un ritmo extremadamente lento para desesperación del CGG. Ciertamente, Kindelán señala en determinados momentos su discrepancia con varias de las decisiones estratégicas tomadas por Franco, pero para algunas de ellas

---

sión, en AGMAV, C. 1367, 13. CE Marroquí, «Instrucción n.º 2, del día 18, sobre Instrucción de las tropas; disciplina, obediencia, trabajo y responsabilidad», enero de 1938.

<sup>66</sup> Esta idea en Viñas, «La guerra lenta de Franco (y X)», 3 de julio de 2018. Disponible en <https://www.angelvinas.es/?p=1508> (consultado por última vez el 13/03/2022). Algunos testimonios, como el del coronel Carlos Martínez de Campos, señalan esta misma contradicción. Véase Martínez Reverte, 2009, p. 270.

<sup>67</sup> Preston, 2006 [1993], p. 315.

<sup>68</sup> Kindelán, 1982, pp. 127 y 206-213.

apunta algunas consideraciones de índole militar que permiten una interpretación que vaya más allá de la deliberada voluntad de Franco de extender la contienda. Especialmente, teniendo en cuenta que la propia documentación del ejército rebelde refrenda esas consideraciones apuntadas por Kindelán.

### **La cronología de la violencia y el caudillaje de Franco**

A nuestro modo de ver, la realidad del ejército sublevado permite refutar la idea de una guerra conducida lentamente de forma deliberada. De los tres factores dominantes en la historiografía para justificar esa tesis (el avance solo cuando se contaba con garantías de victoria, la voluntad de ocupar paulatinamente el territorio con una lógica represiva, y la necesidad de Franco de un conflicto prolongado para consolidar su posición como líder indiscutible del bando rebelde), nos hemos ocupado hasta ahora del primero. Con respecto a los dos últimos presupuestos, es importante realizar algunas precisiones y matizaciones. Hay que atender en particular a su contextualización cronológica y la evolución del régimen en la posguerra. Teniendo eso en cuenta, se puede complementar el análisis articulado a partir de la documentación militar y plantear una crítica completa a la tesis de la guerra deliberadamente lenta.

En primer lugar, destaca la ausencia de una cronología específica relacionada con ambos presupuestos. Ni la ralentización de la guerra con fines represivos ni su complemento relacionado con la cimentación del poder de Franco se acompañan de hitos concretos que permitan explicar, de forma contingente, su duración exacta. Algunos historiadores como Julián Casanova o Francisco Espinosa sitúan la derrota en Madrid a finales de 1936 como el parteaguas que permitiría ubicar el origen de la decisión de Franco de alargar la guerra.<sup>69</sup> Por su parte, Paul Preston señala el 18 de julio de 1938, fecha en que Franco fue nombrado capitán general del Ejército y la Armada, como un «indicio de que, por fin, la conclusión de la guerra parecía inminente», aunque más bien pareciera que el fin se aproximaba por la propia situación militar del conflicto que por voluntad expresa del Caudillo.<sup>70</sup> De un modo más general, ya hemos visto que las decisiones del Generalísimo en Toledo, Brunete o Teruel son puestas

---

<sup>69</sup> Casanova, 2013, p. 173. Espinosa, 2017 [2003], pp. 259-260.

<sup>70</sup> Preston, 2006 [1993], pp. 344-345.

como ejemplos de cómo usó las operaciones militares en beneficio propio. Y es también cierto que podemos identificar determinados acontecimientos que contribuyeron a la consolidación del caudillaje de Franco que no habrían podido darse de haber concluido antes la guerra. Hablamos, por ejemplo, de los decretos de militarización de las milicias, de unificación, o de la muerte de Mola, que podrían no haber tenido lugar —o no de la misma forma— o haber condicionado la construcción del poder de Franco si este no se hubiera desviado a Toledo y se hubiera conquistado Madrid en octubre de 1936, o hubiese continuado sus ofensivas contra la capital en la primavera de 1937, según la tesis de la guerra lenta.

Sin embargo, más allá de todo este conjunto de fechas, no termina de quedar explicitada la sucesión de hechos que habrían llevado a Franco a optar por una guerra más o menos larga, cómo esa duración se relacionó con su camino al poder o sus planes represivos, ni tampoco las lógicas específicas detrás de su proceso de toma de decisiones en cada momento de la guerra.<sup>71</sup> Ángel Viñas afirma que, para Franco, eliminar a la izquierda española en el campo de batalla «era más fácil y “productivo”, además de no prestarse a crítica», que recurrir a ejecuciones masivas en la posguerra, al tiempo que justifica que tomase decisiones «militarmente incomprensibles» como forma de imponer su autoridad.<sup>72</sup> Pero no ofrece ningún argumento más específico, o una cronología que aclare cuándo se optó por cambiar la lógica de matar en guerra por hacerlo en posguerra, o en qué momento ya no fue necesario dejar claro quién mandaba. ¿Necesitaba Franco, a la altura de abril de 1938, alargar la contienda otros doce meses para demostrar que él era el Generalísimo? ¿Era la misma necesidad que en marzo o diciembre de 1937? Enrique Moradiellos, quien también sostiene la tesis de la guerra lenta, señala cómo la aprobación del Fuero del Trabajo en marzo de 1938 creó tensiones con varios de los grupos que integraban la coalición rebelde, entre ellos parte de los militares. No obstante, apunta que esto no generó «una oposición seria», por la asunción de todos estos grupos de la necesidad de «mantener “prietas las filas”».<sup>73</sup>

---

<sup>71</sup> En el capítulo «La larga guerra de aniquilación de Franco» de su obra *El holocausto español*, Preston tampoco ofrece una justificación teórica a la relación entre guerra larga y plan represivo, en contraposición a una posguerra donde la implementación exhaustiva de dicho plan habría entrañado mayores dificultades. Véase Preston, 2016, pp. 565-611.

<sup>72</sup> Viñas, «La guerra lenta de Franco (y X)», 3 de julio de 2018. Disponible en <https://www.angelvinas.es/?p=1508> (consultado por última vez el 13/03/2023)

<sup>73</sup> Moradiellos, 2018, pp. 78-79.

Habida cuenta de esas contradicciones, ¿qué elementos concretos justifican que Franco tuviera una posición interna más fuerte a finales de 1938, cuando decidió conquistar el resto de Cataluña? Como señala Preston, el Caudillo dudó hasta el último momento si lanzarse sobre Cataluña o preparar una nueva ofensiva contra Madrid o Valencia.<sup>74</sup> Si la lógica de la guerra larga era la destrucción física del enemigo republicano, el enorme desgaste sufrido por el Ejército Popular en el Ebro habría despejado todas las dudas de que ese era el momento preciso para finalizar el conflicto. Sin embargo, Preston señala que Franco vaciló. Así, pareciera que el Generalísimo, en su idea preconcebida y calculada de una guerra lenta, actuaba más como reacción a las contingencias que iban surgiendo que por iniciativa propia. Pareciera, por tanto, que, si por Franco hubiera sido, el conflicto incluso podría haberse alargado más allá de abril de 1939, viéndose obligado a liquidar la guerra por no quedarle otra opción, lo que paradójicamente acaba despojándole de su libertad de elección.

Tampoco parece coincidir la cronología de la violencia con la tesis de la guerra deliberadamente larga. Si nos vamos a las cifras, estas no respaldan la idea del lento exterminio bélico. De las entre 100.000 y 130.000 víctimas asesinadas por los sublevados y el posterior franquismo entre julio de 1936 y el final del estado de guerra en 1948, unas 52.800 se concentraron en la fase inicial tras el golpe. Considerando que las investigaciones actuales estiman el número de ejecutados durante la posguerra en unas 20.000 personas, eso implica que aproximadamente la mitad de todos los asesinatos rebeldes de la guerra tuvieron lugar durante los cuatro o cinco primeros meses, repartiéndose la otra mitad entre los meses restantes.<sup>75</sup> Es decir, que más de la mitad de los asesinatos totales se producirían en un escenario en el que no estaría vigente la guerra lenta de exterminio. Por supuesto, la ocupación de nuevos territorios a lo largo del conflicto llevó aparejada la puesta en marcha de una profunda represión judicial y extrajudicial, paralela a la limpieza política en los territorios que habían caído del lado rebelde en julio de 1936 o que habían sido anteriormente conquistados —ya de menor intensidad tras la oleada depurativa inicial—. <sup>76</sup> De hecho, esa fue siempre la lógica de la guerra en el bando insurgente: conquistar, ocupar y purgar a conciencia. Sin

---

<sup>74</sup> Preston, 2006 [1993], pp. 351-352.

<sup>75</sup> Preston, 2016. Rodrigo y Alegre, 2019, pp. 175-176 y 210. Un cuestionamiento explícito de la tesis de la guerra larga en relación con la cronología de la violencia en p. 192.

<sup>76</sup> Gil Vico, 2004.



embargo, esa misma lógica se mantuvo en 1939 en ciudades como Barcelona, Madrid y Valencia, en un escenario «sin Estado ni territorio que disputarle a nadie», como señala Javier Rodrigo.<sup>77</sup> Y es que la llegada de la Victoria no trajo una ralentización de la represión franquista en el corto-medio plazo. Lo que se estaba realizando en la guerra se pudo seguir haciendo sin mayores problemas o «crítica» en la posguerra. Puede argumentarse que la larga duración fuese necesaria para construir el gigantesco entramado represivo y de información sobre el que se sustentó la dictadura, gestado paralelamente al perfeccionamiento de las políticas de ocupación rebeldes. Pero, como han demostrado diversos historiadores, ese entramado ya era totalmente operativo a finales de 1937, cuando funcionó a pleno rendimiento tras la caída del Norte republicano, por lo que una extensión de la guerra más allá de ese momento carecería de fundamento.<sup>78</sup> No en vano, una de las partes integrantes de dicho entramado, el SIPM, buscó en diversos momentos de 1938 provocar el final de la guerra.<sup>79</sup> Por tanto, los primeros años de la posguerra no fueron una barrera que diferenciase la forma en que el franquismo siguió ejecutando su plan de exterminio, algo en lo que la guerra civil española se asemeja a otros casos europeos como el finlandés o el irlandés, en los que el número de víctimas por violencia política fue mayor en su fase final y tras la terminación de las contiendas.<sup>80</sup>

Entonces, ¿dónde se sustenta esta idea del calculado plan represivo asociado a una guerra lenta? La principal fuente que la apoyaría serían las propias palabras de Franco en sendas entrevistas con Cantalupo y Emilio Faldella en febrero de 1937.<sup>81</sup> Según las memorias de Cantalupo, el Caudillo habría afirmado que era «inevitable que la guerra durase», aunque sin explicar los motivos concretos más allá de la negativa republicana a la rendición incondicional. Además, le habría expuesto un plan que luego calcaría sobre el campo de batalla, a excepción del último punto: ir al Norte, cortar la zona republicana en dos y ocupar Cataluña.<sup>82</sup> Por su parte, según recoge Olao Conforti, Faldella le habría propuesto a Franco realizar un rápido asalto sobre Valencia liderado por el CTV, a lo que el Caudillo

---

<sup>77</sup> Rodrigo, 2008, p. 162.

<sup>78</sup> Rodrigo, 2005. Gómez Bravo, 2017.

<sup>79</sup> Píriz, 2022, pp. 219-232.

<sup>80</sup> Rodrigo y Alegre, 2019, pp. 123-130, 147-155.

<sup>81</sup> Preston, 2006 [1993], pp. 252-254.

<sup>82</sup> Cantalupo, 1951, pp. 98-101.

habría contestado que en una guerra civil era «preferible una ocupación sistemática del territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infestado de adversarios». El italiano replicaría que su plan permitía a Franco igualmente llevar a cabo sus propósitos represivos, a lo que el teniente coronel Antonio Barroso, presente en la reunión, replicó que «el prestigio del Generalísimo es lo más importante en esta guerra».<sup>83</sup>

Es en la interpretación de las palabras de Franco a Cantalupo y Faldella donde radica el quid de la cuestión. Si las asumimos literalmente, es evidente que Franco estaría declarando explícitamente su intención de conducir una guerra lenta con fines represivos. Ahora bien, resulta problemático entenderlas de ese modo. No hay que olvidar que la entrevista con los representantes italianos se produjo en un momento en el que el Caudillo buscaba mostrarse fuerte tras las derrotas sufridas en Madrid, no solo para mantener la ayuda de las potencias fascistas, sino para que estas siguieran viendo en él al indiscutible líder de la sublevación. Tanto el poder como la legitimidad del recién nombrado Generalísimo se cimentaban, entre otras cosas, sobre el mito de su genio militar. Por ello, resultaba no solo imposible admitir abiertamente la incapacidad de sus tropas para conquistar Madrid, sino además conveniente buscar una justificación a priori ante potenciales reveses futuros, en vista de los numerosos problemas de los que adolecía el ejército sublevado. Además, la imagen de Franco como el Caudillo de un ejército nacional que luchaba frente a las hordas extranjeras debía quedar salvaguardada en todo momento. Eso explica el modo en que Barroso había cerrado la conversación con Faldella: no era un problema de conseguir victorias, sino de que estas tuvieran el significado y la forma adecuadas.

Como señaló Kindelán en sus memorias, coincidimos en que «en algún caso preocupaciones políticas y económicas distrajeran al Generalísimo de su primordial misión de ganar la guerra, produciendo retrasos de ejecución.»<sup>84</sup> Parece plausible afirmar, como apuntaban Casanova o Espinosa, que las derrotas de Madrid condujeron a Franco a proyectar un nuevo escenario en el que la victoria tardaría más tiempo en llegar que el previsto inicialmente. Pero más que una decisión consciente por su parte, lo entendemos como una asunción de la incapacidad militar que había demostrado

---

<sup>83</sup> Conforti, 1967, pp. 32-33. Unas declaraciones similares, esta vez a Cantalupo en abril de 1937, en Preston, 2016, p. 572.

<sup>84</sup> Kindelán, 1982, p. 208. *Cursiva en el original*, lo que indica que este habría sido uno de los fragmentos eliminados por la censura en 1945.

el ejército sublevado en un tipo de guerra como el que se abrió en España a finales de 1936. Esto también permitiría explicar el viraje hacia el Norte, hacia las fuentes de suministro industrial y de materias primas claves en una guerra total como fue la española.<sup>85</sup> Compartimos también la idea planteada por Viñas de que Franco no quiso «conceder la menor victoria táctica al adversario», lo que le llevó a perder la iniciativa estratégica en no pocos momentos de la guerra.<sup>86</sup> Brunete, Teruel o el Ebro serían ejemplos de esta concepción, que a nuestro juicio tiene más sentido interpretar sobre el trasfondo del proceso de construcción del liderazgo carismático de Franco y de sus marcadas limitaciones como comandante militar, que por una teórica voluntad de alargar innecesariamente la guerra. Porque, como decíamos al final del párrafo anterior, el problema no era tanto vencer *per se*, sino hacerlo de una determinada manera (sin admitir derrota alguna frente al enemigo, mediante victorias resonantes que aumentaran el prestigio personal del Caudillo). Pero, para la cuestión que estamos discutiendo en estas páginas, la clave no radica ahí, ya que coincidimos con los defensores de la tesis de la guerra lenta en que Franco, en determinados momentos, instrumentalizó las operaciones militares en beneficio propio. La cuestión es si Franco y el ejército que él mandaba, que era en última instancia el ejecutor de sus planes táctico-estratégicos, tenían o no la inequívoca capacidad de vencer la guerra antes de lo que lo hicieron.

Esto nos conduce a una realidad: las capacidades de Franco como estratega dejaban mucho que desear. La historiografía académica reciente ha contribuido a caracterizar al Caudillo como un líder competente de unidades de tamaño mediano como las que mandó en el Protectorado, pero incapaz de dirigir una fuerza de masas como la de 1936-1939. El cuestionamiento de sus capacidades militares es tan antiguo como la guerra misma, y numerosos autores han señalado las críticas provenientes de sus aliados alemanes e italianos sobre su manera de conducir las operaciones.<sup>87</sup> El análisis de su figura militar hace emerger a Franco como un general mediocre, excesivamente cauteloso, anclado en los presupuestos tácticos de las campañas de Marruecos, cuyo meteórico ascenso se debió más a su ambición personal y a una cierta astucia que a su formación o a sus capacidades estratégicas. La traslación de esa limitada concepción de las operaciones militares a una

---

<sup>85</sup> La idea de guerra total en Alegre, 2018.

<sup>86</sup> Viñas, «La guerra lenta de Franco (y X)», 3 de julio de 2018. Disponible en <https://www.angelvinas.es/?p=1508> (consultado por última vez el 13/03/2022).

<sup>87</sup> Resumidas en Beevor, 2005, pp. 517-518, 537.

guerra moderna como la civil española, unida a los problemas y deficiencias que mostraron su ejército y la cadena de mando durante toda la contienda, parecen una explicación más precisa y fundada para entender las decisiones que tomó Franco a lo largo del conflicto. Preocupado por mantener intactos los mitos que sostenían su autoridad, condicionado por una idea anticuada y poco brillante de la guerra, y temeroso de que los numerosos problemas que observaba en las fuerzas bajo su mando pudieran costarle un revés en el campo de batalla, Franco hizo la guerra que supo hacer, pero también la que se atrevió. Precisamente sobre ese atrevimiento, Sebastian Balfour apunta el impacto que habría tenido en Franco el desastre de Annual, cuyo recuerdo le habría llevado, durante la guerra civil, a preferir un avance con las retaguardias plenamente aseguradas.<sup>88</sup> Esto quizá podría explicar su decisión de no continuar la penetración por Cataluña en abril de 1938, ante el temor de una sobreextensión de líneas como la que condenó al general Silvestre en 1921. No obstante, no hay que olvidar que, aun mediocre y tímido, Franco era un militar profesional conocedor de los riesgos que entrañaban los conflictos armados y cómo su dinámica podía cambiar rápidamente. Mantener viva artificialmente una guerra que podía terminar solapándose con la conflagración continental que se atisbaba en el horizonte era una actitud excesivamente arriesgada para un individuo cuyos biógrafos no han caracterizado precisamente como valiente y atrevido. Paradójicamente, al afirmar esa voluntad de Franco de alargar la contienda todo lo posible, la tesis de la guerra lenta, si bien no intencionadamente, acaba dibujando a un Franco favorecido por la suerte. Pareciera que los hechos que le beneficiaron se sucedieron providencialmente, sin injerencia alguna por su parte, como el desencañamiento del golpe de Casado o el inicio de la Segunda Guerra Mundial cuando ya no existía riesgo de enlace con el conflicto español.

## Conclusiones

Franco no llevó a cabo una guerra lenta de forma deliberada. Eso es lo que se desprende del análisis de la documentación militar y de la revisión de la bibliografía que trata la cuestión. El Generalísimo tomó determinadas decisiones más basadas en su interés personal que en las necesidades de la guerra, como el levantamiento del asedio del Alcázar o la confrontación en Teruel, pero eso de ningún modo puede interpretarse como una

---

<sup>88</sup> Balfour, 2002, pp. 530 y 539.

ralentización intencionada del conflicto. Afirmarlo implica asumir que, de no decantarse por esas opciones, la guerra habría terminado sin ningún género de dudas mucho antes de lo que lo hizo. Y, además, supone afirmar que Franco era plenamente consciente de ello. Sin embargo, lo que los propios informes y directivas internas del ejército sublevado reflejan es una realidad muy diferente, la de un contingente construido a toda prisa para una guerra sobrevenida y que carecía de muchos de los rudimentos básicos de la guerra moderna. De hecho, fue la evolución del conflicto hacia una contienda más cercana a la Segunda Guerra Mundial que a las campañas coloniales lo que permitió un mayor equilibrio entre las fuerzas de ambos bandos, ya que en ese nuevo escenario las unidades profesionales de legionarios y regulares perdieron buena parte de su ventaja. Eso no quiere decir que ambos ejércitos tuviesen las mismas capacidades ofensivas y defensivas. La historiografía ha demostrado sobradamente que los medios de los que disponía el contingente rebelde, en buena medida suministrados por sus aliados fascistas, fueron superiores a los republicanos.<sup>89</sup> Y, también, que la concentración del poder en manos de Franco y su ejercicio coercitivo del mando contribuyeron a un mejor desempeño en el campo de batalla. Pero lo que se ha puesto en tela de juicio aquí es que esa superioridad fuese tal como para tener la capacidad de vencer la guerra en cualquier momento. Por decirlo de otro modo, si Franco hubiera querido librar una guerra rápida, resulta difícil pensar que hubiera podido conseguirlo con los medios con los que contaba.

Eso nos lleva a una segunda cuestión. ¿Quiso Franco librar una guerra más o menos lenta? El elemento en torno al que gravita la tesis aquí diseccionada es la voluntad del Generalísimo de ralentizar el ritmo de avance de sus fuerzas. Coincidimos en que el proceso de construcción de su caudillaje influyó en su toma de decisiones estratégicas, si bien manteniendo que las potenciales alternativas no conducían a una victoria automática ni al final de la guerra. No obstante, no compartimos la correlación entre guerra lenta y plan represivo. Aparte de las declaraciones realizadas a Cantalupo y Faldella, no hay otros indicios que sustenten esto más allá de cómo se interpreten sus propias decisiones. Algunas de ellas suscitaron la desaprobación más o menos extendida de sus generales, pero creemos poco fundamentado en la contingencia y la realidad material de la guerra ver eso como el reflejo de una estrategia conducente a demorar intencionadamente

---

<sup>89</sup> Kowalsky, 2004. Viñas, 2012.

la conclusión del conflicto. Los resultados de nuestra investigación apuntan más bien a otras causas. La larga duración de la guerra parece apoyarse más en los propios problemas operativos del ejército rebelde en el campo de batalla y la limitada concepción estratégica de su comandante en jefe. Especialmente, considerando la continua voluntad de mejora de los procedimientos operativos y las llamadas explícitas a «terminar rápidamente la guerra». Franco desencadenó una guerra total contra sus enemigos empleando todos los recursos que tuvo en su mano, lo que difícilmente encaja con una supuesta contención y ralentización voluntaria de las operaciones.

No parece, además, que más allá de la primavera de 1938 la posición de Franco como líder único del emergente Nuevo Estado experimentase cambio significativo alguno, salvo si consideramos una potencial internacionalización del conflicto que Ángel Viñas ha refutado documentalmente. Tampoco parece que, en términos represivos, la posguerra implicase un cambio sustancial en las posibilidades depurativas del régimen. El enorme sistema concentracionario y carcelario siguió funcionando a pleno rendimiento, la Auditoría de Guerra y otros instrumentos judiciales se emplearon a conciencia en el procesamiento del enemigo republicano, y la violencia extrajudicial continuó siendo una práctica habitual.<sup>90</sup> Todos estos elementos ponen de manifiesto las marcadas continuidades entre guerra y posguerra en el caso español, las cuales construyen un marco interpretativo que va más allá del propuesto por la tesis de la guerra lenta para la represión, sus lógicas y sus tempos. El franquismo necesitó del marco propiciatorio generado por la guerra para depurar a la anti-España, pero no precisó de una mayor o menor duración de aquella para implementar hasta la raíz su plan de exterminio.<sup>91</sup> Lo cual, huelga decir, no resta un ápice de criminalidad o brutalidad a dicho plan.

En última instancia, además de la refutación de la tesis de la guerra deliberadamente lenta, convertida en axioma historiográfico, nuestro objetivo con este artículo ha sido poner de manifiesto las posibilidades analíticas e interpretativas que ofrecen los estudios socioculturales de la guerra. En las últimas dos décadas, diversos trabajos han comenzado a resolver la paradoja que rodea al estudio del conflicto de 1936-1939: la de la «guerra sin guerra». Es decir, una contienda analizada desde múltiples puntos de vista, pero en la que las dinámicas militares, la experiencia de los solda-

---

<sup>90</sup> Aróstegui, 2012.

<sup>91</sup> Míguez, 2014.

dos o las prácticas de violencia desplegadas en los frentes de combate han suscitado una atención significativamente menor. Hasta hace no mucho, salvo algunas excepciones ya mencionadas, el estudio de las retaguardias y lo que en ellas aconteció se combinaba con una visión muy poco detallada, de trazo grueso, de lo acaecido en el campo de batalla. Esto posibilitaba construir una potente historia política, social y cultural del periodo, pero en la que las especificidades de los que libraron la guerra, así como sus problemáticas o contingencias, quedaban resueltas sin mucho detalle, cuando una mirada más cercana y compleja podría haber alumbrado realidades como las que hemos puesto de manifiesto en este texto. Es a partir de la asunción de que frente y retaguardia, pero también guerra y posguerra, forman parte de un mismo marco interpretativo conducente a abordar ambas con el mismo nivel de profundidad y complejidad, que podremos alumbrar nuevas vías de estudio y comprensión de la guerra civil española.

## **Financiación**

Miguel Alonso Ibarra participa de la Red de Investigación *VOICES. Violencia, identidad y conflicto en la España del siglo xx* (RED2022-134719), financiada por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

## **Archivos consultados**

Archivo General Militar de Ávila (AGMAV).

## **Bibliografía**

- ALEGRE, David, *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, La Esfera de los libros, Madrid, 2018.
- ALONSO BAQUER, Miguel, *El Ebro. La batalla decisiva de los cien días*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- ALONSO IBARRA, Miguel, *El ejército sublevado en la Guerra Civil Española. Experiencia bélica, fascistización y violencia*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2019.
- ALPERT, Michael, *El ejército republicano en la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

- ARÓSTEGUI, Julio (coord.), *Franco. La represión como sistema*, Flor del Viento, Barcelona, 2012.
- ANDERSON, Peter, «The Chetwode Commission for Prisoner Exchange and British diplomatic responses to violence behind the enemy lines during the Spanish Civil War», *European History Quarterly*, 42, 2, 2012, pp. 235-260.
- ARRARÁS, Joaquín, *Historia de la Cruzada española*, 8 Vols., Datafilms, Madrid, 1984 [1938].
- AZNAR, Manuel, *Franco*, Prensa Española, Madrid, 1975.
- BALFOUR, Sebastian, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002.
- BEEVOR, Antony, *La Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2005.
- BLANCO ESCOLÁ, Carlos, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000.
- BLANCO ESCOLÁ, Carlos, *Vicente Rojo: El General que humilló a Franco*, Planeta, Barcelona, 2003.
- CANTALUPO, Roberto, *Embajada en España*, Luis de Caralt, Barcelona, 1951.
- CARDONA, Gabriel, *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*, Flor del Viento, Barcelona, 2006.
- CASANOVA, Julián, *España partida en dos. Breve historia de la Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2013.
- CONFORTI, Olao, *Guadalajara. La prima sconfitta del fascismo*, U. Mursia & C., Milán, 1967.
- CROZIER, Brian, *Franco. A Biographical History*, Londres, Eyre & Spottiswoode Publishers Ltd, 1967.
- DE LA CIERVA, Ricardo, *Después de la venganza, la mentira, la calumnia y la incompetencia. Franco, la historia, Fénix*, Madrid, 2000.
- ESPINOSA, Francisco, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2017 [2003].
- FERNÁNDEZ MATEU, Francisco, *Franco ese... Mirando atrás con ira*, Epidauro, Barcelona, 1977.
- GALINSOGA, Luis de, *Centinela de Occidente. Semblanza biográfica de Francisco Franco*, AHR, Barcelona, 1956.
- GARCÍA MERCADAL, José, *Ideario del Generalísimo*, Tip. «La Académica», Zaragoza, 1937.
- GIL VICO, Pablo, *La noche de los generales. Militares y represión en el régimen de Franco*, Ediciones B, Barcelona, 2004.
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro, *Geografía humana de la represión franquista. Del Golpe a la Guerra de ocupación (1936-1941)*, Cátedra, Madrid, 2017.
- KINDELÁN, Alfredo, *Mis cuadernos de la guerra*, Planeta, Barcelona, 1982.
- KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2004.
- LEIRA CASTIÑEIRA, Francisco J., *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y movilización militar*, Siglo XXI, Madrid, 2020.
- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *La batalla de Teruel*, San Martín, Madrid, 1974.



- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *La ofensiva sobre Valencia*, San Martín, Madrid, 1977.
- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge, *El arte de matar. Cómo se hizo la guerra civil española*, RBA, Barcelona, 2009.
- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge y MARTÍNEZ ZAUNER, Mario, *De Madrid al Ebro. Las grandes batallas de la guerra civil española*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016.
- MATTHEWS, James, *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford University Press, Oxford, 2012.
- MÍGUEZ, Antonio, *La genealogía genocida del franquismo. Violencia, memoria e impunidad*, Abada, Madrid, 2014.
- MORADIELLOS, Enrique, *Franco. Anatomía de un dictador*, Turner, Madrid, 2018.
- PIRIZ, Carlos, *En zona roja. La Quinta Columna en la Guerra Civil española*, Comares, Granada, 2022.
- PRESTON, Paul, *Franco. Caudillo de España*, DeBolsillo, Barcelona, 2006 [1993].
- PRESTON, Paul, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, DeBolsillo, Barcelona, 2016.
- PUELL, Fernando, *Historia del ejército en España*, Alianza, Madrid, 2000.
- PUELL, Fernando, «Papel y operatividad de las Brigadas Internacionales», en ALÍA MIRANDA, Francisco et al., *Hasta pronto, amigos de España. Las Brigadas Internacionales en el 80 aniversario de su despedida de la Guerra Civil Española*, CEDOBI, Albacete, 2019, pp. 11-30.
- RAMÍREZ, Luis, *Franco. La obsesión de ser, la obsesión de poder*, Ruedo Ibérico, París, 1976.
- RODRIGO, Javier, *Cautivos: Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Madrid, 2005.
- RODRIGO, Javier, *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Alianza, Madrid, 2008.
- RODRIGO, Javier, *Generalísimo. Las vidas de Francisco Franco, 1892-2020*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022.
- RODRIGO, Javier y ALEGRE, David, *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.
- ROJO, José Andrés, *Vicente Rojo: Retrato de un general republicano*, Tusquets, Barcelona, 2006.
- RUIZ ALONSO, José María, *La guerra civil en la provincia de Toledo: utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-1939)*, ALMUD, Ediciones de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2019.
- RUIZ CASERO, Luis A., *Los flancos del asedio de Madrid: un estudio comparado de los frentes estabilizados en Toledo y Guadalajara (1937-1939)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2021.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, 3 Vols., Editora Nacional, Madrid, 1973.
- SEIDMAN, Michael y FERRANDIS, M.L., «Frentes en calma de la guerra civil», *Historia Social*, 27, 1997, pp. 37-59.

- SEIDMAN, Michael, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Alianza, Madrid, 2003.
- SEIDMAN, Michael, *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Alianza, Madrid, 2012.
- SERRANO SÚÑER, Ramón, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue*, Planeta, Barcelona, 1977.
- VIÑAS, Ángel, *La República en guerra. Contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica*, Crítica, Barcelona, 2012
- WETTSTEIN, Adrian E., «Urban Warfare Doctrine on the Eastern Front», en KAY, Alex J., RUTHERFORD, Jeff y STAHEL, David, *Nazi Policy on the Eastern Front, 1941. Total War, Genocide and Radicalization*, University of Rochester Press, Rochester, 2012, pp. 45-72.
- ZENOBI, Laura, *La construcción del mito de Franco*, Cátedra, Madrid, 2011.

### Datos de los autores

Miguel Alonso Ibarra (Zaragoza, 1988) es profesor Ayudante Doctor en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Se doctoró en 2019 por la Universitat Autònoma de Barcelona con una tesis centrada en el estudio de la experiencia bélica de los soldados rebeldes durante la Guerra Civil Española, que verá la luz en forma de libro este mismo año. Sus principales líneas de investigación son los estudios de la guerra y el fascismo. Ha publicado en diversas revistas nacionales como *Ayer* o *Historia y Política*, y coordinado dos libros dedicados a la historia de la guerra contemporánea, *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, y *Fascist Warfare, 1922-1945. Aggression, Occupation, Annihilation*. Desde 2014, es coeditor de la *Revista Universitaria de Historia Militar*.

Luis A. Ruiz Casero (Alcalá de Henares, 1985), ruiz.casero@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-4766-044X>, es Doctor en Historia por la UCM y arqueólogo por la Universidad de Alcalá, habiendo cursado dos Másteres en Arqueología y Educación. En 2015 publicó una monografía sobre la olvidada batalla del Sur del Tajo durante la Guerra Civil española, conflicto en el que ha centrado su actividad investigadora. Forma parte del equipo de Alfredo González Ruibal (Incipit-CSIC) y del departamento de Arqueología y Recursos Culturales de AUDEMA, con quienes ha participado en varios proyectos arqueológicos sobre la Guerra Civil. Es miembro de la Asociación Española de Historia Militar y ha publicado artículos en editoriales como Archaeopress, Springer o Desperta Ferro. Su tesis doctoral lleva por título «Los flancos del asedio de Madrid. Un estudio comparado de los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara (1937-1939)», y fue realizada bajo la dirección de Gutmaro Gómez Bravo. Entre sus líneas de investigación pueden mencionarse el estudio de la Guerra Civil en los frentes secundarios, la pervivencia de la mujer en primera línea tras la militarización de las milicias; así como la materialidad del conflicto y la didáctica del patrimonio.